

LA SABIDURÍA SIN PROMESA

RESEÑA EXTEMPORÁNEA DEL DIARIO DE ANDRÉ GIDE

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL



al doctor A.L.F.

Creo que las enfermedades son llaves que nos pueden abrir ciertas puertas. Hay un estado de salud que no nos permite comprenderlo todo. Es muy posible que la enfermedad nos niegue el acceso a ciertas verdades, pero la salud nos niega el acceso a otras o nos desvía de ellas, al hacer que por ellas no nos inquietemos. Nunca he encontrado a uno de esos que se jactan de no haber estado enfermos nunca que no sea por algún lado un poco tonto; como esos que se envanece de nunca haber viajado.

ANDRÉ GIDE, DIARIO, 6 DE FEBRERO DE 1944.

I. UNA LIMOSNA PUNTUAL

“La enfermedad es el viaje de los pobres”, escribió André Gide en su *Diario*. La frase no es suya pero él la repitió. Intento esta reseña extemporánea como un acto de gratitud hacia el libro que me acompañó durante una enfermedad, travesía de la que regresé aferrado a un *Diario* que quisiera conservar en la cabecera de mi cama. Fui pobre, como todos los enfermos y agradeció a Gide la limosna puntual que sus páginas me regalaron.

“Gide se aleja”, sentenció Pierre de Boisdeffre, tiempo después de la muerte del viejo André, el 17 de febrero de 1951. Desde entonces domina la eficacia del anatema. El gusto de las nuevas generaciones lo confirma. Gide se lee poco y mal. Quizá no merezca otra suerte quien fue llamado el más grande de los escritores menores. Sus *nouvelles* de juventud son edulcoradas y postizas, su teatro una tontería y su “neoclasicismo” devino fatalmente en un academicismo.

Es fácil compartir el desdén de medio siglo. De las ficciones gideanas, *La puerta estrecha* (1909) me deja frío, rescato *Isabelle* (1912), primer trasunto de *Los papeles de Aspern*, admito que *Los sótanos del Vaticano* (1913) me divierte y suscribo el valor de *Los monederos falsos* (1926) en la querrela por la novela moderna; recuerdo la prelación de Gide sobre nuestros poetas Contemporáneos, admitiendo que éstos crecieron como escritores en la medida en que se alejaron de su mode-

lo, como tantos otros de sus discípulos en los años veinte. Gide, me temo, es un gran escritor académico, él, que nunca se sentó en la Academia Francesa. Es académico a la manera de los maestros de la pintura renacentista: enseñó a escribir y a pensar a muchos jóvenes, como los pintores venecianos y florentinos adiestraron en el arte a sus entenados. Mirada con alguna distancia, hay una escuela de Gide en la prosa del siglo XX como hay cuadros de la escuela de Signorelli en el *Quintecento*. Recuerdo, en fin, que dos críticos mexicanos nacidos diez años antes que yo —José Joaquín Blanco y Alberto Ruy Sánchez— intentaron, en su día, ajustar cuentas con Gide. Llego, como ellos, a curarme a las aguas termales. ¿Volveré?

La desidia que el escritor Gide provoca es inversamente proporcional al respeto que gana como figura moral. Su desencanto del comunismo soviético, en el año axial de 1937, lo mismo que su defensa de la homosexualidad, lo elevan sobre el siglo. Gide, amante de las paradojas, acaso sonreiría al mirar su posteridad como patricio ético antes que como inmoralista.

Creo que el destino de Gide deberá ligarse a ese *Diario* (1889-1949), un monumento literario que Cyril Connolly incluyó sin vacilar entre los cien libros claves del movimiento moderno. Obra, por fuerza inmensa, citada de oídas, más por inadvertencia que por mala fe, por tantos escritores contemporáneos que no lo han leído, o peor aun, no recuerdan haberlo hecho. Y es que el *Diario* gideano se presta, como pocos en su género, a circular como moneda corriente entre los letrados, guía sapiencial que se trasmite a oídas, sabiduría sin promesa...

II. EL CRISTIANISMO SIN IGLESIA

En el otoño de 1889, a los veinte años, André Gide, que había nacido en 1869, en París, inicia su *Diario* con un homenaje a Balzac: la literatura crea su literatura. Gide y Pierre Louÿs suben al sexto piso de una casa en la calle Monsieur-le-Prince, buscando una buhardilla para establecer su cenáculo. Desde ese punto París se deja ver como presa que aguarda al cazador: “Y los dos soña-

mos con la vida del estudiante pobre en una habitación así, sin más fortuna que la que procura el trabajo libre (...). Es el grito de Rastignac dominando la ciudad desde las alturas del Père Lachaise: *Y ahora, ¡tú y yo!*"¹

Avalado por el antecedente eficaz de los Goncourt —que en 1866 publicaron *Idées et sensations*, primera selección de su *Journal*—, Gide procede con premeditación, alevosía y ventaja con un *Diario* que colmará su Promesa, pues si Rastignac conquistó París, su imitador dominará la conciencia occidental. Y a diferencia de otros diaristas —pienso en Amiel, en Anaïs Nin—, esa obra no lo devorará. Su vida fue más poderosa que todas sus creaciones.

Es curioso (y al mismo tiempo lógico), que Paul Claudel, el gran interlocutor y el gran antagonista de Gide, haya invocado en 1881 la misma escena de *Las ilusiones perdidas*: "¡Ahora nos toca a nosotros!, exclama desde lo alto del Père Lachaise el Rastignac de Balzac. En cuanto a mí, ciudad maldita, la mirada que fije sobre ti desde este parapeto de abominación y execración, mientras siento hacia el fondo de mi sustancia una separación radical, el deseo de marcharme, de destruir alrededor de mí esta espantosa prisión madreporica..."²

Ante un mismo motivo generacional, el católico provinciano Claudel mira París como Babilonia y desea, ante ella, el océano; Gide, protestante y parisino, defenderá del fuego a su amada Sodoma. Balzac será la contraseña de la generación de 1900. Antes que Flaubert, padre de la escritura artística, el vulgar, vasto, rotundo y visionario autor de *La comedia humana* guiará los amores de Gide y Proust, como las negaciones de Claudel y Valéry.

El Balzac de Rodin los vigilará siempre.

Gide será un lector insaciable de *La comedia humana*, el más sustancioso de sus alimentos, pues Stendhal, lo dijo, le servía para mondarse los dientes. Novelista de invernadero, Gide cita a Balzac en su *Diario* casi tantas veces como a Goethe, su supuesto modelo. Encuentra en el universo balzaciano, con su aparente caos regido por una deliberada pansofía, un paralelo con ese movimiento perpetuo que fue su vida. El *Diario* de Gide es la "novela de un literato" por antonomasia.

Luis Cernuda dijo que Gide, a diferencia de la mayoría de los autores, nació viejo y murió joven. El poeta español destaca que su vitalidad fue perfeccionando todas las formas de la rebeldía, prueba y error, hasta morir como epitome de la imperfección creadora y la grandeza ética. Y yo añadiría que vivió como Balzac escribió, con un ritmo enloquecedor, probando todas las variedades de la experiencia. Fue fiel al designio de Rastignac.

El *Diario*, en sus primeros años, afina la observación de Cernuda. Gide no escapa a la infatuación adolescente (más bien la reafirma como Goethe, con el *Werther*, en el siglo XVIII), esa farsa melancólica que repone cada generación a los veinte años y que acaso

sólo Rimbaud, el Cristo de los modernos, transfiguró en Pasión, Muerte y Resurrección. Leamos estas líneas de 1891, el año de la muerte del poeta de *Una temporada en el infierno*: "Hablar de mí mismo me aburre; un diario es útil en las evocaciones morales constantes, queridas y difíciles (...) ya no hay en mí drama alguno; no hay más que ideas removidas. No siento ya la necesidad de escribir."³

Sólo quien sabe que escribirá sin parar durante el medio siglo que le queda de vida se atreve a presumir infertilidad, incurriendo en las proverbiales dudas que acometen al diarista literario, dividido entre la sinceridad y el estilo, pues "el deseo de escribir bien las páginas de este *Diario* les quita todo mérito literario; en fin, todas ellas dan por supuesta una gloria, una celebridad futura, que le procurará un interés."⁴

Estamos en 1893. El joven Gide publica sus primeros libros —*Les cahiers d'André Walter. Le traité de Narcisse, Les poésies d'André Walter y Le voyage d'Urien*—, frecuenta el círculo de Mallarmé, y ese año ocurrirá la iniciación homosexual en el norte de África, a la sombra de Oscar Wilde. A los treinta años, empero, este hombre es un adolescente que escribe un *Diario* antes que el creador de *El inmoralista* (1902). El verdadero tratado de Narciso se está escribiendo sobre ese rostro que rejuvenece con el tiempo, abandonando las máscaras charlatanas del Yo lírico. André Maurois, una inteligencia afectuosa que nos ufamamos en despreciar, acertó al decir que "el carácter propio de Gide, su originalidad y su fuerza están en que habiéndose retrasado en su libre desarrollo por las estrecheces de su educación, vivió ese momento, cuando su espíritu se hallaba ya más maduro, de tal manera que aquel retraso le permitió dar forma más perfecta a los descubrimientos propios de todos los jóvenes. En otras palabras, los adolescentes estaban agradecidos a un adolescente tardío, impenitente, por haber dicho tan bien lo que ellos sentían."⁵

El filósofo ruso Berdiaev atribuyó la devastadora influencia de Dostoievsky a su papel como primer narrador de la adolescencia de la humanidad. Nadie antes que él había penetrado en los misterios filosóficos de la inmadurez. Tan cierta es la observación de Berdiaev que cualquiera puede corroborarla releyendo *Los hermanos Karamázov* pasada la primera juventud. Dostoievsky decepciona entonces, si es que somos capaces de terminar esas segundas lecturas, conmovidos por el amor maltratado por el tiempo. Gide, como todos los lectores de su generación, amó a Dostoievsky. Fue uno de sus grandes apologistas en Occidente y su prosa, sin la grandeza novelesca y la turbulencia metafísica del ruso, pretendió internarse en la misma inmadurez, en esa crisis de conciencia sexual y religiosa de la adolescencia. Pero Gide fracasó. A fines del siglo XX es improbable que un adolescente instruido se sonroje con las dubitaciones de *El inmoralista*, que contrastadas con

nuestras costumbres (y su registro en la imagen o la literatura) resultan flojas. Ese es el fiasco de toda literatura moralizante (sea de edificación o de contraedificación): el desarrollo de las costumbres y su valoración ética convierten el atrevimiento en curiosidad. Dostoievsky, en cambio, sigue impresionando pues sus obsesiones son universales, tan viejas como las religiones y tan nuevas como cada joven que medita: la existencia de Dios, el sentido de la trascendencia, los límites entre el bien y el mal. Dostoievsky, espíritu religioso, siempre sobrevivirá sobre un espíritu ético como Gide.

Gide define en 1896 la naturaleza de su espiritualidad, que será pendular y podrá moverse de un lado a otro —“los extremos me tocan”, decía—, pero volverá siempre a un centro fijo, establecido a sus treinta y siete años: “Me asombra que el protestantismo, al rechazar las categorías de la Iglesia, no haya rechazado al mismo tiempo las opresivas instituciones de San Pablo, el dogmatismo de sus Epístolas, para inspirarse únicamente en los Evangelios (...) Por mucho que leo y releo el Evangelio no veo una sola palabra de Cristo en la que pueda autorizarse la familia y el matrimonio.”⁴

Esta entrada del *Diario* lo dice todo respecto al viejo cristianismo sin Iglesia (y sin espada) que Gide predicó, esa ética universal desprovista de fidelidades dogmáticas, ajena al asombro de lo sobrenatural, esa “religión de la humanidad” que sedujo a los sabios del Renacimiento, tuvo su esplendor trágico con el deísmo de la Revolución francesa, se estableció como disciplina histórica a través de la crítica bíblica de Renan, y que hoy sostienen los teólogos ecuménicos con Hans Küng a la cabeza. A fines del siglo XX esa es la fe de la mayoría de quienes se dicen cristianos en las encuestas de opinión. El deísmo cristianizado se convirtió en una ética de origen evangélico que ha normado la secularización del mundo moderno, con mayor eficacia que las efímeras llamaradas ateas. Y es que el catolicismo romano y el protestantismo histórico tenían a Gide, como a Voltaire, precisamente porque ambos autores creían en Dios, un Dios de la bondad y la armonía, y no porque fueran ateos, si es que puede haberlos. Las iglesias se sienten cómodas frente a la herejía, que combaten en su campo, pero se saben indefensas ante el deísmo o el agnóstico. Y si éstos exaltan la persona de Jesucristo y ratifican los Evangelios, peor todavía, pues cuando el creyente se arroja una relación individual y particular con dios, la Iglesia Católica, sobre todo, sale sobrando.

André Gide, a menudo comparado con Rousseau, remató en realidad la obra emprendida por Voltaire. La influencia gideana fue más devastadora de lo que sospechó la Iglesia Católica, preocupada por minucias como su homosexualidad abierta o sus dubitaciones ante el dogma. El cristianismo sin San Pablo no es una religión constituida. El fracaso histórico de todas las herejías antipaulinas, desde el donatismo hasta Tolstói, prueba

que la eclesiología mística de San Pablo fue el puente que convirtió a los sectarios de Jesucristo, judíos palestinos escindidos de la Sinagoga, en una iglesia universal y todopoderosa. Lutero se cuidó de respetar al antiguo Saulo. Y mientras Nietzsche y Dostoievsky creaban una religiosidad negativa, robusteciendo al cristianismo mediante la blasfemia, cuando comunistas y anarquistas incendiaban iglesias para construir nuevos templos sobre sus cenizas, el tolerante Gide lanzaba un mensaje más destructivo por sinuoso y liberador. Claudel y los otros amigos católicos de Gide sospecharon el peligro, pero fueron engatusados por éste, quien jugueteaba con falsas discrepancias teológicas, mientras su deísmo hacía de las suyas, propagándose como un bacilo contagioso desde las páginas del *Diario*. La secularización contemporánea tuvo en Gide a uno de sus profetas más eficaces. Si Dios ha muerto, todo es posible, decían, *in extremis*, los personajes dostoievskianos. Pero que André Gide se obstinara en ser cristiano resultó su verdadero inmoralismo, pues era un ejemplo al alcance de miles de jóvenes ansiosos.

III. UNA ÉTICA DE LA LIBERTAD

Los primeros años de nuestro siglo dejan una huella decepcionante en el *Diario*. Pasada la decisión balzaciana, sexualmente activo y con una reputación intelectual creciente, Gide se convierte en uno más de los hombres de letras de una literatura francesa que había perdido ya a todos sus genios decimonónicos. Mientras se aleja del magisterio de Mallarmé (muerto en 1898), Gide rechaza el envejecido decadentismo de Remy de Gourmont y la bohemia de la muerte arrastrada por Josephine Péladan, evita el *Mercurio de France* los martes pues ese día recibe Rachilde, la reina de la Decadencia. Gide empieza a querer entrañablemente a sus dos Pablos, Valéry y Claudel, esos extremos abismales que lo obligaron durante toda su vida a buscar el centro del péndulo. La nueva generación, que hará la *Nouvelle Revue Française* (NRF) en 1908, busca una literatura alternativa, más atlética, casi deportiva, francamente aséptica y mientras la encuentra esa Bella Epoca se consume. Gide descarta en 1906 a la única figura que podrían respetar tira, el viejo Anatole France, cuya triste posteridad profetizó sin saber que sería, en parte, la suya. Y visita a Giovanni Papini, se deja influir por Léon Blum —de quien desconfía porque es judío— y alaba a Léon Bloy, el único católico que lo subyuga. Pero el Gide cuarentón es un personaje casi convencional. El *Diario* delata esa normalidad o neutralidad, interrumpida por los viajes por Francia, Italia y el norte de África. *Los alimentos terrestres* (1897), *El inmoralista* o *La puerta estrecha* (1909) no hubieran dado a Gide un nombre perdurable en la historia literaria. Cristiano sin Iglesia, homosexual bien cauto junto al infortunado Oscar Wilde o a locas bohe-

mias como Jean Richepin, Gide tenía dentro (Maurois lo dijo) todos los gérmenes del fracaso.

La dedicación de la NRF no llama demasiada atención en el *Diario*. Era una revista literaria más. El Rastignac que llevaba consigo no le advirtió a Gide que, ahora sí, París (y el mundo) eran suyos. Hasta 1911, cuando él, Jean Schlumberger y un dilettante llamado Gaston Gallimard aporten 20 000 cada uno para dotar a la revista de un fondo editorial, la NRF no parece augurar ningún futuro glorioso. Los escritores que serán relacionados más claramente con el núcleo de la revista, como el propio Gide, apenas comienzan a encontrar su tono. Proust será rechazado; Claudel vive en China y Valéry no ha resucitado con *El cementerio marino* (1920); André Suarès (1868-1948) y Charles Du Bos (1883-1939), los grandes críticos de la revista, aun no velan sus filosas lanzas. Ha muerto, además, una joven promesa (Charles-Louis Philippe) y serán necesarios, después de la Gran Guerra, Jacques Rivière (1886-1925) y Jean Paulhan (1884-1968) para convertir a la NRF en el faro de la literatura occidental.

Gide, como muchos otros, no sospecha la inminente catástrofe de 1914 que dará verdadero comienzo al nuevo siglo. Su neoclasicismo, inocuo y aburguesado, le permite al diarista declaraciones desdeñosas al estilo de "escribo mis libros con tal lentitud que muchas veces dejo que la época me alcance y esto hace a veces que parezca que soy llevado por ella... Todas las causas de ruina están en nosotros; dominarlas artificialmente se llama cultura."⁷

El asesinato de Francisco Fernando en Sarajevo sorprende a Gide de paseo por el Asia Menor. Regresa disertando sobre el formato ideal de sus cuadernos de escritura: odiaba las rayas y las cuadrículas, prefería la nobleza del papel en blanco. Pero la guerra se acerca a casa. Sin dar explicaciones, Gide se une voluntariamente, por primera vez en su vida, al sufrimiento de los hombres. Abnegadamente, trabaja como voluntario en el Hogar franco-belga, asilo para heridos de guerra.

La historia, que detestaba como disciplina intelectual y despreciaba como motivo artístico, empieza a generar meditaciones en el *Diario*. Gide entiende, vagamente, que hay una latinidad amenazada por el espíritu alemán. El 26 de octubre de 1915 anota: "¡Cuántas veces, estando en el Hogar, consolando y sosteniendo a estos míseros desechos humanos, capaces únicamente de gemir, inválidos, sin sonrisas, sin ideal, sin belleza, he advertido que me estaba formulando la espantosa pregunta: ¿Merecen que se les salve? La idea de remplazarlos por otros mejor dotados es indudablemente parte de una *filantropía* germana. Es lógico, y sin embargo, monstruoso."⁸

Gide, mientras Hitler es un combatiente más en las trincheras, presiente las soluciones finales que empezarán a imponerse de terminar la Gran Guerra. Él, que

nunca combatió, vivió esa solidaridad como la única consecuencia práctica de su cristianismo evangélico, esa dedicación por los oprimidos que presintió como protestante en el país del Edicto de Nantes, la diferencia por salvar que acaso conoció como "pederasta" entre burgueses. No es casual que durante la Gran Guerra haya vivido su gran crisis de conciencia como homosexual y como cristiano. Los papeles póstumos reintegrados al *Diario*, a la muerte de su esposa, así como el texto clave de su evolución religiosa exigen nuestra atención.

Numquid et tu es el texto más evangélico de Gide. Alude al *Numquid et tu Galileus* ("¿Eres tú también Galileo?", Juan, VII, 52) y fue escrito entre 1916 y 1919 e insertado en el *Diario*. El latín que titula esta confesión recuerda el momento en que Nicodemo, fariseo y uno de los pocos miembros del Sanedrín judío que reconocerán a Jesús, interviene a favor de éste frente a una turba. "¿Acaso tú también eres de Galilea? Averigua y verás que de Galilea nunca se levantó profeta", le dicen a Nicodemo, cuya intervención permitirá a Cristo marcharse al monte de los Olivos. Nicodemo reaparecerá llevando aloé y mirra a la sepultura de Jesús (Juan, XIX, 39) y hacia el año 350 se le atribuirá un evangelio apócrifo, en su calidad de presunto converso al cristianismo.

Dedicado al católico Du bos, *Numquid et tu* es la pregunta que Gide hace sobre su actitud espiritual ante el cristianismo. El texto es un comentario lírico del Evangelio, escrito a manera de diario. Para algunos es la confesión de la fracasada tentativa de convertirse al catolicismo, mientras que para otros es una joya de la exégesis protestante. En la vida de Gide importa como el culmen de sus tensiones místicas, batalla que lo confirmó, finalmente, como un cristiano sin Iglesia. Pero es impropio hablar de "misticismo" tratándose de Gide, quien desconocía a Santa Teresa y a San Juan de la Cruz, lo mismo que al maestro Eckhart. Para él, "bajo cualquier forma que se presente, no hay peor enemigo que el misticismo. ¿Pero qué se entiende por místico? Lo que supone y exige la abdicación de la razón."⁹

Gide culpaba a Pascal —el gran místico en su opinión— de haberlo alejado de la conversión. Así se lo dijo a Claudel. Pero su lectura libre de los evangelios, al contrario de la ortodoxa exégesis claudeliana, delata que *Numquid et tu* cerró las vacilaciones religiosas de Gide, reafirmando su racionalismo ético. Existe un panfleto católico español, *André Gide y Paul Claudel frente a frente* (1952), de José Vila Selma, que nos servirá como negativo para seguir el proceso. Esta curiosidad falangista está escrita para denigrar misericordiosamente a Gide y ensalzar a Claudel. Pero como suele ocurrir con los autores inquisitoriales, Vila Selma tiene razón por malas razones: *Numquid et tu* es, según se nos dice, la crónica de una derrota ante el Maligno, pues Gide niega la Encarnación a través de una divinización del

hombre. Eso es, en efecto, el sentido del texto: una negación angustiada del cristianismo como obra del sacrificio misterioso de un Hijo del Hombre. Este "satánico humanismo", concluye Vila Selma, logró que Gide ni siquiera lograra someterse ¡al comunismo!

Pero como Tolstoi, a quien se parece, Gide nunca se entregó al elogio del paganismo —como hicieron otros lectores de Nietzsche—, y continuó predicando ese cristianismo contra San Pablo. A críticos católicos más comprensivos, como Pierre de Boisdeffre, les parece una paradoja wildeana que Gide decidiera publicar *Corydon*, su tratado sobre la homosexualidad tan pronto como acabó *Numquid et tu*. Es más fácil entender ese gesto como una liberación: ajustar las cuentas con la fe al tiempo que se justifica la propia elección. Quizá Gide nunca fue tan sincero —virtud de la que se vanagloriaba— como cuando recorrió esa encrucijada. *Numquid et tu* y *Corydon* son mitades simétricas de una esfera, ese "satánico" humanismo que lo convertiría, durante los años veinte, en el supuesto profeta de la disolución moral. Todas las voces autoritarias, desde Oswald Spengler hasta José Vasconcelos, lo señalaron como paradigma de la decadencia de Occidente. Y Gide, que no fue el primero en deducir del cristianismo un antropocentrismo, fue el último y el más peligroso de los heterodoxos defistas, por ser, "el más cristiano y el menos católico de los hombres". Y Paul Claudel, que había alentado esperanzas de conversión con *Numquid et tu*, lamentará en 1947: "¿Cuántas cartas habré recibido de jóvenes extraviados? Al principio del camino hacia el Mal, siempre está Gide."¹⁰

IV. LAS CARTAS QUEMADAS

Corydon, editado en forma privada en 1911, no se hace público hasta 1924. Gide, que gozaba del escándalo de sus amigos católicos pero temía honradamente sus juicios, soltó el bolo de la publicación con cierta alevosía. Henri Massis (1886-1970), admirador de Barrès y Maurras, se convertirá en el gran cruzado, llamando a capítulo a los católicos, advirtiendo que Gide "está harto de fingimientos. Ha resuelto hablar con franqueza, quemar las naves, desafiar a la opinión pública... Quiere publicar *Corydon*."¹¹

En esos días Gide recibe una procesión de visitas que intentan disuadirlo de un "acto gratuito" que dañará a la juventud. El 21 de diciembre de 1923, la última tentativa recae en el filósofo Jacques Maritain, que fracasa tras una larga conversación. "Es curioso", anotará Gide esa noche, que a los tres grandes artistas conversos que conozco, Gheón, Claudel y Jammes, el catolicismo sólo haya servido para fomentar el orgullo. La comunión los infatúa."¹²

¿El origen del Mal estaba en *Corydon*, diálogo socrático en que Gide pretende demostrar que la homose-

xualidad es natural y que la norma heterosexual es sólo garantía de la institución familiar? No, el mal ya estaba hecho desde *Numquid et tu*. *Corydon* es sólo una consecuencia de esa lectura evangélica que no encontraba, con razón, vindicación alguna de la familia y el matrimonio en boca de Jesús. Algunos críticos, homosexuales varios de ellos, juzgan que *Corydon* es la obra gideana que más ha envejecido, sin restarle importancia, pues sacó la discusión sobre la homosexualidad del universo patológico y abrió el camino de la tolerancia.

El escándalo no fue tan estruendoso como se esperaba. La semilla sembrada por Gide tardaría algunos años (o décadas) para germinar en quienes, como Luis Cernuda, se sintieron llamados por *Corydon*. En casa, empero, los ánimos se caldearon. Claudel amenazó a Gallimard con retirarse de la editorial si la NRF pasaba a ser dirigida por Gide, "apóstol de la homosexualidad y el anticatolicismo". Claudel, que en privado no era tan beato como se presentaba en público, toleraba los "vicios" de Verlaine, Rimbaud o Gide, pero ante *Corydon* supo que su oveja descarriada ya no volvería al redil. Era un punto de inflexión. Gide dejaba de ser un "Prometeo mal encadenado" para convertirse en un hombre liberado. Pero esa emancipación fue precedida por el episodio que los biógrafos de Gide llaman, con algún pudor, "el drama conyugal", que ocupa las páginas más desgarradoras del *Diario*.

Gide se casó en 1895 con Madeline Rondeaux (Emmanuèle en el *Diario*). Ya había ocurrido esa siesta sobre la arena, en el oasis de Biskra, que le había revelado, todopoderosa, su homosexualidad, como lo cuenta el propio Gide en *Si la semilla no muere...* (1926). Pero profesaba hacia Madeline, su prima hermana, un amor que venía de la infancia y creyó, con una triste misoginia victoriana, que el matrimonio blanco sería dichoso para ella. Durante la luna de miel, en Roma, ella lo vio seguir "como un loco" a los jóvenes modelos de Saraginesco hasta la Piazza de Spagna. Gide, atribulado por la conciliación entre matrimonio y homosexualidad, ya había consultado a un psiquiatra y a ... Wilde. Ambos le aconsejaron el matrimonio: uno como curación y el otro como pantalla.

Durante veintitrés años la pareja guardó las apariencias, hasta el verano de 1918, cuando Gide escapó a Londres tras Marc Allégret, su relación más duradera. Madeline se cansó y como represalia quemó las cartas que Gide le había enviado desde la adolescencia. A la muerte de Madeline, en 1939, Gide escribió una conmovedora confesión de culpa (*Et nunc manet in te*), y restituyó al *Diario* público esas páginas arrancadas sobre el drama conyugal.

En el primer texto, Gide no se culpa de ser homosexual, sino de haber sido tan cruel (y tan inocente) al creer que la castidad ennoblecería a su esposa. El inmoralista, para colmo padre de una hija natural desde prin-

cipios de los años veinte, había recibido las lecciones de una nueva generación. Y en las páginas restituidas, leemos al Gide más angustiado. Ante las cartas quemadas llora primero el escritor, y luego, el hombre. Inclaudicable vanidad del letrado: el esposo infiel consideraba esa correspondencia amorosa una parte capital de su obra. Sólo en segundo término, sufría el marido aterido por la culpa, o el niño pescado en una costosa travesura.

Madelaine Gide asumió con humildad pietista no sólo la vida privada de su marido, sino el escándalo social que la presentaba como esposa legítima del primer escritor homosexual orgullosamente asumido. Claudel y sus seguidores santificaron a Madelaine como la espina en la virtud clavada en el corazón pecaminoso de Gide. Pero Jean Schlumberger, el mejor amigo de la familia, testimonia que la relación se reanudó sin violencia tras el colapso de 1918. Hasta su muerte, Madame Gide regentó la casa familiar de Cuverville. Se convirtió en la madre de su marido.

V. LOS AÑOS LOCOS

Gide fue una de las figuras emblemáticas de la alegría de los años veinte. Desde 1910 había renunciado al ajuar finisecular para vestirse como *sportsman*, con esas camisas holgadas a las que se sumaron, con la vejez, las gorras de cazador de patos, las bufandas y los gabanes, pues el escritor conservaba del siglo XIX el pánico por las corrientes de aire frío.

Tras *Corydon*, Gide vive la frenética y un tanto picaresca vida del macho latino que sostiene tres casas. Omnipresente, si es que no está de viaje, se presentaba en Cuverville, en el despacho de la Rue Vaneau donde atendía a Maria Van Rysselberghe, su secretaria desde 1918, o en el departamento íntimo que mantenía con el joven cineasta Allégret. Durante esos años el *Diario* registra días en que estuvo en los tres lugares (y otros) en una misma jornada. Mezcla curiosa de manirroto y avaro, Gide vivía atormentado por el monto de las propinas dejadas en los restaurantes, pero su sólida fortuna familiar no le impidió rematar su biblioteca, tasando los ejemplares autografiados por sus mejores amigos, para financiar su viaje al Congo en julio de 1925.

Esa excursión al África negra durará once meses, emprendida por un hombre de cincuenta y seis años en la cúspide de su vitalidad. Entre los aborígenes vivió nuevas aventuras eróticas, pero sobre todo afianzó su conyugalidad con Marc Allégret, quien filmará durante el viaje. Ese año no aparece en el *Diario* pues utilizó sus notas para *voyage au Congo et Le retour de Tchad* (1928). Gide descubrió a los condenados de la tierra. Volvió a utilizar sus vivencias para escribir un alegato contra la injusticia, en este caso, la colonialista. El gobierno francés escuchó las denuncias de Gide y ordenó una investigación parlamentaria para morigerar algunas de las

prácticas más crueles de sus compañías caucheras en África. La progresía moral de Francia, que había pasado de Voltaire a Victor Hugo, se posó en Gide, quien la legaría a Sartre.

El 25 de febrero de 1932 leemos en el *Diario* la primera muestra de fervor por el comunismo soviético; medio año después, Gide se ha convertido: "Quisiera proclamar muy alto mi simpatía por Rusia y que mi grito se oyera y resonara."¹¹

La conversión, el ansiado gesto de humildad que Claudel esperaba que se produjera ante la catolicidad, ocurría a través del comunismo. Y fue la más evangélica de las conversiones. Su odio por Barrès y la Acción Francesa lo había dirigido hacia la izquierda. El comunismo era la siguiente estación para un hombre que consideraba incompatible al cristianismo con la sociedad capitalista.

Antes del viaje a la URSS y su explosivo retorno, que Alberto Ruy Sánchez reseñó recientemente en *Tristeza de la verdad* (1991) y en el que no me detendré, Gide juega con los comunistas con la misma inocencia y malicia, a veces una, no pocas veces la otra, con la que entretenía a Claudel en 1909. En el *Diario* leemos sus pininos con la teoría marxista ¡comparando calidad y cantidad de su trabajo literario y el de Valéry en relación con la teoría del valor! Pero se niega desde 1932 a ingresar a la asociación literaria del Partido Comunista Francés, pues cree que servirá mejor "libremente" a la causa soviética.

Hoy que conocemos las intrigas que Malraux y los soviéticos urdieron para pescar a Gide, como las cuenta Herbert Lottman en *La rive gauche* (1985), podemos leer las páginas rojas del *Diario* con mayor atención. "Lo que me lleva al comunismo no es Marx sino el Evangelio,"¹² dirá en junio de 1933, pero a los sesenta años era difícil que se convirtiera realmente a los dogmas marxistas leninistas, como le ocurrió a escritores más jóvenes como los surrealistas Aragon y Eluard. Y durante su período más activo de compromiso, Gide no dejará de ser Gide. Ve en el comunismo una consecuencia secular del liberalismo deista francés: seguir a Stendhal contra Chateaubriand. Aunque atosigado por ese mundo de la política que le es totalmente ajeno, cometiendo imprudencias cómicas, el escritor jamás abandona el papel de "individualista burgués", como lo llamarán poco después a título de calumnia, los comunistas. Y su vida cotidiana en el París del Frente Popular concuerda con la sentencia de Jean Guéhenno en *Journal d'une "revolution"* (1937-1938), cuando dijo que en aquellos días hacer la Revolución era una nueva forma de mundanidad.

En el *Diario* no se conserva una sola entrada redactada en la URSS. Todo fue a dar al valeroso testimonio (*Retorno de la URSS*, 1937) con el que Gide dejaba una vez más a sus bautistas esperando en el templo. El no de

Gide al comunismo soviético fue un gesto moral casi instantáneo. Como había ocurrido con *Corydon*, Gide no escuchó las recomendaciones de prudencia de esos falsos amigos que alegaron la defensa de la España republicana como chantaje. El hugonote que había en Gide arriesgaba la vida por su verdad. En las "Hojas"—textos sin fecha, de expresión más ensayística, que intercalaba en el *Diario*—, el escritor se dirige a un ser innominado, quizá su propia conciencia: "¡Ah, que razón tenías al ver en mi venida al comunismo un asunto sentimental!"¹⁵

Después de 1937, cuando la campaña contra el "traidor" Gide arrecia, el escritor siente una liberación similar a la ocurrida tras la publicación definitiva de *Corydon*. Pero no estaba ante los años locos. Venía la guerra. El *Diario* registra su horror ante los procesos de Moscú y escapa de la agresividad parisina hacia Italia, donde el régimen del Duce le confirma la hermandad esencial entre el comunismo y el fascismo.

¿Gide era un maestro en fingir indiferencia o tenía la piel dura curtida por las batallas? Las difamaciones de José Bergamín, en el congreso antifascista de Valencia, apenas merecen unas líneas en el *Diario*. Se refugia en los clásicos, en la botánica, en el piano. Nunca estuvo tan solo como en las vísperas de la Segunda Guerra. Parecía que la vejez, al fin, lo alcanzaba. El 19 de enero de 1938 escribe que "hay días en que sólo me siento dibujado por mis sombras."¹⁶

VI. UN VIAJE ALREDEDOR DE MI CUARTO

Durante 1939 el *Diario* casi enmudece. La muerte de Madelaine y el comienzo de la guerra dejan a Gide en esa zona de las sombras que habita el insomnio, las aventuras nocturnas, la música. Retoma la pluma para consignar la entrada de las tropas alemanas en París en junio de 1940: "No debimos ganar la otra guerra. Esa falsa victoria nos ha engañado"¹⁷

Gide sufre, como tantos franceses en esa hora, la culpa por los años veinte, ese derroche jubiloso de energía que desarmó moralmente al país. Y esa culpa contribuyó poderosamente a impulsar la Colaboración con el régimen títere de Vichy y, después, con los alemanes. Pero Gide no se engañó. Su breve y turbulenta experiencia comunista lo había vacunado contra el totalitarismo. El pacto germano-soviético de 1938 le permitió la satisfacción del hombre que ve cumplidas sus solitarias profecías. Sólo necesita tres días de meditación para adherirse al general De Gaulle. Por una vez, le da una lección política a su eterna mala conciencia católica: Paul Claudel, quien se apresuró a escribir una "Oda al general Petain" para acabar pidiendo clemencia a los gaullistas cuando los vientos cambiaron.

Fascinado por Kafka y Cavafis —escritores que acaba de descubrir gracias a una joven llamada Marguerite

Yourcenar—, Gide vagabundea por la "zona libre" francesa y el 5 de mayo de 1942 cruza el mar mediterráneo hacia Túnez, donde permanecerá hasta la liberación de París.

Durante la ocupación Gide sabrá ratificar su independencia política y moral, una sensata (o timorata) rectitud ganada por la edad, templanza un tanto estoica que lo alejará de la Colaboración y de la Resistencia. Pero no fue neutral durante la guerra. El 30 de marzo de 1941 había renunciado a la NRF dirigida por Drieu la Rochelle, el impuesto de guerra que Gaston Gallimard pagó a los alemanes a cambio de salvar la editorial en su conjunto. Nunca como en esos días Gide comprendió mejor a don Gaston, a quien nunca quiso, entendiendo la delicada acrobacia que su editor practicaba en París. En cuanto a los colaboracionistas, colegas muy queridos como el propio Drieu, Jacques Chardonne o Lucien Combelle —que había sido su secretario privado—, Gide los repudió sin dejar de leerlos y estimarlos. Pero desdeñó los edulcorados telegramas de Drieu pidiéndole comprensión. Sabía que la NRF estaba en manos de clérigos inspirados por una frase de Joseph de Maistre: "No se consigue nada contra las opiniones mientras no se haya atacado a las personas."

Gide desalentó al joven Sartre en el intento de una precoz (y abortada) tentativa de resistencia, siguió al tanto de los problemas de la casa Gallimard, se mantuvo informado de las correrías de Malraux, pero se convirtió, al fin, en un exiliado más que escucha la radio esperando el desembarco aliado en el continente.

Mientras Sartre y Camus estrenan sus primeras obras de teatro con la aquiescencia de las autoridades alemanas de París, cuando Claudel se jacta de que *El zapato de satán* es el gran acontecimiento teatral de la Ocupación, a la hora en que Louis Aragon y la Triolet sacan ventaja de la protección soviética, André Gide es un ciudadano que malvive en Túnez, arrimado con una familia árabe.

Los años tunecinos de Gide son la parte más memorable del *Diario*, el momento cenital de su meditación como artista, páginas que se cuentan entre lo más agudo y hermoso de la literatura moderna. El exilio acerca el ingenio del escritor, la inmovilidad forzosa convierte al andarín impenitente en el viajero más lento. Gide, que viajó tanto, nunca lo hizo mejor que en su tristonra habitación tunecina.

Privado de ese piano al que llegó a dedicar hasta seis horas diarias en detrimento de la literatura, Gide comienza el diario tunecino hablando de música. En una época en que los discos eran una excentricidad, la memoria era el consuelo del melómano. Pero Gide era algo más que un melómano, fue un buen pianista aficionado y Alfred Cortot, que lo escuchó, dijo que hubiera tenido éxito en las salas de concierto. Intérprete obsesivo del *Clave bien temperado*, rompió con André

Suarès por un problema de erudición chopiniana, y su incompreensión de los misterios de Schumann lo atormentó durante años. Su amistad con Stravinsky nunca dio, en cambio, los frutos estéticos que prometía. Jesús Bal y Gay, al burlarse de la melomanía humanitaria de Romain Rolland, alabó a Gide como el único escritor de su época con una verdadera cultura musical. Y es a través de la música como Gide maneja su nostalgia de una Europa que acaso no volvería a pisar. ¿Puede haber abstracción más sublime que la música para quien viaja alrededor de su cuarto?

Gide también recobra el placer, esos alimentos terrestres de su juventud, durante las noches tunecinas. Pero la historia lo alcanza y mientras lee, emocionado, las *Tempestades de acero*, de Jünger, los aliados comienzan los bombardeos de Túnez, bajo dominio italiano.

"Cuando no se tiene lo que se quiere, hay que querer lo que se tiene", es el proverbio que rige a ese Gide desvalido, tan alejado de su libertad y de la celebridad, recordando sus buenos hábitos de niño protestante, ahorrando velas, imponiéndose la modestia en el vestir, aceptando cristianamente el racionamiento del pan y la sal que comparte con sus anfitriones árabes. En esa casa el tío André se encariña con un adolescente, Victor, a quien protege y regaña, vigilando tanto sus lecturas como sus hábitos higiénicos. El gentilhombre de París, con tres casas y el mundo a sus pies, se convierte en el buen viejo de vecindario que no rehuye la fajina y reparte optimismo durante los bombardeos.

El exilio tunecino es el único momento en que Gide olvida que escribe un *Diario* para la posteridad. El desenlace de la guerra es incierto, su vida está en peligro cada noche, la policía italiana confisca sus papeles. Gide se permite hablar más como Samuel Pepys que como los Goncourt o Amiel: la actualidad literaria se esfuma y él, Narciso en movimiento perpetuo, ya no tiene otras aguas donde mirarse que las de su fugacidad sobre la tierra: "A veces, pero no siempre, maldigo la estúpida idea que tuve de venir aquí; pienso con angustia en los que dejé en Francia y a los que tal vez no vuelva a ver; me inquieta esa oscuridad creciente que los ahoga, que los envuelve, que los oculta... Pero a veces también me felicito de encontrarme en un sitio donde se está jugando o va jugarse, una partida, tal vez la decisiva..."¹⁸

Montgomery vence a Rommel en El Alamein pero Gide, el 20 de enero de 1943, desecha una oportunidad de volver a Francia: "Me ofrecen un asiento en uno de los aviones que repatrian a algunos oficiales y civiles. Represento conmigo mismo la comedia de la perplejidad, aunque sabiendo muy bien que, en el fondo, no aceptaré (...) Mi suerte está unida a la de estos nuevos amigos con los que comparto mi vida desde hace más de seis meses. Tendría la impresión de ser un desertor."¹⁹

Hasta agosto, cuando las últimas tropas del Eje en

Túnez capitulan, Gide temerá esas noches de luna llena que invitan a los bombardeos aliados. Los alemanes envuelven la ciudad en una bruma artificial para enganar a los B-52. Insomne, sin luz eléctrica, Gide medita las páginas que escribirá si amanece con vida. Y nos dejará notas de lectura inolvidables. El clásico se despide de sus clásicos: Montaigne y Pascal, Goethe y Johnson, Sainte-Beuve y Balzac, pero sobre todo Balzac, como si *La comedia humana* fuese el álbum de familia de una civilización europea cuya muerte rechaza. En los peores momentos, cuando las bombas terminan de tronar los vidrios de su covacha, Gide se concentra en *Una hija de Eva*, o en *La mujer abandonada*, mientras se pregunta sobre la diversa puntería de los bombarderos ingleses y norteamericanos, tratando de adivinar, por los daños, si se trata de unos u otros. A su manera, Gide fue más valiente que los jóvenes Sartre o Camus, o los viejos Valéry y Claudel, resguardados en la incombustible ciudad luz. Mientras el estado mayor de la literatura francesa, tirios y troyanos, pactó un compromiso de sobrevivencia entre la Colaboración y la Resistencia, cuando Drieu y Paulhan compartían una oficina en Gallimard, Gide quedó unido a las víctimas de guerra, más por elección que por fatalidad, sin impostación de heroísmo, viviendo con ese optimismo vital e intelectual que África, una vez más, le brindaba.

Desde principios de 1942, el año más oscuro para los aliados, Gide mantuvo una fe más infantil que prudente en la victoria. Lo que se extraña en su literatura —el Mal— se convierte en virtud frente a la Historia, desarrollando una insistencia casi evangélica en el poder de la luz:

"—¡Felices las épocas de la historia", apunta Gide en marzo de 1943, "en las que el corazón no tiene porque protestar contra lo que la razón aprueba."

"—Pero ¿conoce usted una época así?", se responde a sí mismo Gide, quien dialoga solo con su *Diario*, "o más precisamente, ¿no será que tales épocas le parecen así porque usted no está metido en ellas?"²⁰

Gide se había metido a su época, él que prefería adelantarse, que había dado un paso en falso y retrocedió, el poeta puro que no entendía la razón histórica, lograba situarse entre los hombres sin dejar de ser él mismo, como indica Séneca. Y el 8 de mayo verá entrar, festejando entre la muchedumbre, a los aliados en Túnez. "Días radiantes", anotará.

El triunfo de la Campaña de África puso fin al exilio de Gide y lo devolvió a las obligaciones públicas. Desde Argel, el general De Gaulle lo llama para cenar. Sin habérselo propuesto, Gide está entre los pocos escritores franceses libres de sospecha de colaboracionismo, con el añadido de ser una víctima de la difamación comunista.

Este encuentro, tan desconcertante como el de Napoleón y Goethe en Weimar, no ha merecido la atención debida. Gide y De Gaulle hablan de guerra y literatura. "¿Cuáles son los límites de la obediencia debida de un militar?", pregunta el inmoralista ético al héroe. El general responde con grandeza. Hablan de lord Nelson. Los interrumpen.

Al final de la cena dan un paseo solitario por la terraza. Al defender a André Maurois, ejemplo de la ambigüedad de los escritores ante el régimen de Vichy, Gide expone al general las líneas maestras de esa moderación con el colaboracionismo que se aplicará después de la liberación de París. De Gaulle, contra lo que exigía Camus, no quiere ser un Saint-Just. Y de pasada, Gide aprovecha el viaje para recordar al general el discreto antipetainismo de Valéry desde la Academia Francesa. Y aliviado, el autor de *Corydon* deja al jefe de la Francia Libre, lamentándose de no haber estado a la altura del papel que le ha tocado representar, pensando en cómo aquélla hubiera sido una magnífica ocasión para que el mismo Paul Valéry se luciera.

Los años tunecinos fueron el último gran esfuerzo de Gide, ese momento de tensión extrema donde los hombres dan lo mejor de sí mismos para luego abandonarse al curso de la muerte. El viejo Gide está de regreso en París en mayo de 1945. Tendrá que soportar los escupitajos de Aragon, quien pretende *depurarlo* por haber sido antisoviético ¡en 1937! En 1947 recibe el Premio Nobel de Literatura. A su muerte, los comunistas repiten el viejo estribillo surrealista de los años veinte: ha muerto un cadáver. Sartre escribe un hermoso epitafio que es, al mismo tiempo, el discurso de investidura del nuevo regente de la conciencia francesa.

Entre 1944 y 1951 el *Diario* se va consumiendo junto con la vida de Gide. Tras la Liberación se jacta de que su rebeldía de medio siglo fue útil para los franceses libres. Cinco años atrás sospechó lo contrario. La guerra, finalmente, lo volvió sensible al drama judío. Aplaudió las *Reflexiones sobre la cuestión judía*, de Sartre. Su antisemitismo, discreto y persistente, terminó en 1948 cuando se disculpó con Léon Blum, ese "símbolo de la Esperanza", de quien dice, "rara vez he encontrado en un cristiano tanto desinterés personal y tanta nobleza".²¹

El 25 de enero de 1950, sesenta y tres años después de haberlo comenzado, Gide cierra voluntariamente su *Diario*: "El último acto de la comedia no es menos hermoso porque haya de representarse a solas. Y no debo rehuirlo."²²

VII. LA SAPIENCIA DEL ASNO

"Balzac ha buscado siempre una teoría de las pasiones; ha sido una gran suerte para él que no la haya encontrado nunca", escribe Gide en 1919. ¡El mismo halló, a través de su *Diario*, alguna teoría de las pasiones!

El *Diario* de Gide nunca fue un diario propiamente íntimo, si por éste entendemos la bitácora donde un hombre apunta lo impreconciencia. ¡Gide, habiendo hecho públicas sus pasiones, no tuvo intimidad? ¡El *Diario* no es íntimo porque toda su obra es una epopeya de la intimidad? Gide lamentó la paradoja. Desde los años treinta empezaron a publicarse extensos fragmentos en la NRF y al final de la década una versión del *Diario* se suma a sus obras completas.

Herederio de Edmond y Jules de Goncourt, Gide les debe únicamente el formato. El "genio andrógino" de los hermanos se complacía en la crónica puntillosa y en la deturpación de las personas. Su modelo era la gran literatura epistolar y sentenciosa de los siglos XVII y XVIII. Gide resultó ser un sincero a la manera de Rousseau, un cristiano en problemas que se confiesa en público. Es raro encontrar en el *Diario* gideano epigramas memorables, aforismos de consumo póstumo o verdaderos chismes y maledicencias; su autor jamás hubiera suscrito "la primacía de la anécdota, lavandera de la historia", como predicaban los Goncourt. Gide pensaba, como su maestro Paul Bourget, que todas las anécdotas son, por definición, falsas.

Para llegar al *Diario* hay que jugar a la rayuela, saltando de Saint-Evremond a Rousseau y luego a Stendhal, cuidándose de no caer en las casillas de La Rochefoucauld, Saint-Simon y Chateaubriand. Devoto de Montaigne, cuando Gide se angustia tiene el consuelo de Pascal, cuya ansiedad jansenista conoce bien. Pero no detesta a su época, como los Goncourt; no es un misántropo como Paul Léautaud; quiere a sus contemporáneos, los invita a discutir, pues Gide es un niño que necesita jugar y pelear con el resto de los rapaces de su cuadra. El *Diario* de Gide es la crónica de un triunfador, usufructuario de la vanidad satisfecha que el mundo le prodiga.

El *Diario* es una totalidad involuntaria y espesa, poseedora de las debilidades humanas de Boswell y Eckermann, al tiempo que de la estólida voluntad de poder del doctor Johnson y de Goethe. Gide fue simultáneamente el creador y su testigo, el genio y su secretario, Jean-Jacques y Samuel Pepys en una sola persona, novelista menor y mal dramaturgo, audaz y cauto (extraña combinación, dirá Sartre en su oración fúnebre), jefe espiritual y predicador inmoral, ¡maestro en todo y doctor en nada, como Goethe!

Fue Claudel, por cierto, quien llamó a Goethe "asno solemne", olvidando que la gracia de los insultos inteligentes está en su facilidad para revertirlos contra quien injuria. Así lo hizo Cernuda y el "asno solemne" acabó por ser Claudel.

La comparación entre Goethe y Gide siempre termina por ser peyorativa. Los une, sin duda, la indiferencia metafísica, el paganismo, la curiosidad por las ciencias naturales y una alegría templada más propia

del sabio estoico que del literato moderno. Pero esas afinidades propuestas esconden esa burla que no osa decir su nombre: Goethe y Gide son un par de asnos, uno solemne y otro burlón. Aceptemos de buen grado la zoomorfización. Si el horóscopo chino concede sabiduría al buey, no veo porque nosotros no hemos de adular al asno. El asno es una bestia de carga: Goethe y Gide llevaron en sus espaldas esos alimentos terrenales que otras criaturas literarias, más ágiles, más impacientes y más bellas, no se acomodarían a cargar. A su pesar, Goethe fue la hormiga que impidió el invierno para Novalis, Schiller, Hölderlin; en idéntica faena, Gide se arriesgó a viajar con un engoroso equipaje sexual, político y moral cuyo peso hubiera hundido a las veleidosas cigarras que lo precedieron. Gracias al noble bruto, Sartre, Camus o Genet pudieron volar. Nuestra sapiencia es obra de un asno.

A Gide, en su *Diario*, le cuesta mucho hablar mal de las personas. La calumnia no es su fuerte, rasgo de carácter admirable si recordamos que vivió atormentado por dos de sus mejores amigos, en distintas épocas: Claudel y Valéry. Y si Gide no nos dejó una teoría convincente de las pasiones, dejó un ramillete de hipótesis sobre la experiencia de la amistad.

Claudiel, cuando murió Charles-Louis Philippe en 1909, creyó oportuno acelerar la conversión al catolicismo de "su judío" (André Suarès) y de "su protestante" (Gide)... Claudel, el hombre de fe ansioso por acrecentar la nómina de bautismos entre los letrados, se ha convertido en el villano de la literatura francesa. Pero leyendo su biografía y la correspondencia, no hayamos en él el odio patológico de Céline, la tentación mefistofélica de Drieu, el escalofriante cinismo de Aragon o la santurronería egománfaca de Artaud. Claudel fue un hombre muy vulgar, católico a machamartillo que recibió el don de la poesía con la misma naturalidad que sus puestos diplomáticos, un padre de familia que no conoció más pecados que el adulterio y la soberbia. La leyenda del desalmado ante Camille, la desgraciada amante de Rodin, es sólo una leyenda. Su hermana Camille estaba loca y Paul, como haría cualquier hombre de su clase y de su época, la internó en el manicomio. La tragedia de Camille lo volvió, eso sí, más beato: entenderá toda pasión artística como una posesión demoníaca. Temió desde entonces su propio genio.

Su amistad con Gide, admirable gracias a la incompatibilidad más absoluta, terminó mal. "Quisiera no haber conocido nunca a Claudel", anota Gide en el *Diario* en 1912. Si los católicos, por razones históricas y familiares, lo aterraban, forzándolo invariablemente a explicarse, el papel de Claudel como Gran Inquisidor acabó por fastidiarlo, al grado que algunas almas piadosas afirman que la violencia escolástica del poeta católico fue la que alejó al inmoralista de Roma.

Pero Gide enmudecía ante el poder lírico de Claudel, que le parecía una gracia divina otorgada a la persona equivocada. Pocos como Gide admiraron tan humildemente a sus amigos. Cuando recibió el Premio Nobel, Gide pensó en el sufrimiento que estaría viviendo su ex-amigo al ver premiado a un protestante. La muerte impidió a Gide saber que el próximo laureado francés sería un católico... François Mauriac en 1952.

En el otro extremo, Paul Valéry, a quien Gide idolatraba como escritor y adoraba como amigo. Pero hasta la muerte de Valéry —seis años antes que la suya—, Gide no dejó de temer sus juicios lapidarios. Cada entrevista entre ellos era un calvario para Gide, "abrumado antes que estimulado" por una inteligencia que creía tan superior a la suya. Gide sentía —y lo dijo con esas palabras— un enorme complejo de inferioridad ante Valéry, registrado en una pesadilla anotada en el *Diario* el 17 de septiembre de 1937: Valéry agoniza, es importante escribir sus últimas palabras, Gide toma la estilográfica, pero no puede seguir el dictado, tan veloz, de su amigo... Desde que se conocieron, hacia 1902, Gide entendió con dolor que Valéry despreciaba su literatura. Renunció a agradarlo, pero su aprobación siguió siendo una esperanza constante, casi un remordimiento. "Gide nunca entendió", dijo Gaston Gallimard, "que el gran fracasado era Valéry y no él."

Capaz de admirar hasta la autoconmiseración, Gide rechazó, en cambio, a Proust. En 1913, apenas hojeó *Por el camino de Swann* y dictaminó en contra del libro. Una vez que le devolvieron el manuscrito, Proust contrató a un experto en nudos para comprobar si el paquete había sido, al menos, abierto. El resto es historia conocida: en 1919 Gallimard arrebata a Grasset los derechos de *En busca del tiempo perdido*. Gide se ve obligado, en cuanto jefe espiritual de la NRF, a presentar públicamente una disculpa en regla, admitiendo su responsabilidad personal en el gazapo editorial más famoso del siglo.

Pero recorriendo el *Diario* descubrimos que las excusas gideanas fueron una palinodia. En las entrevistas sostenidas en el departamento de Proust, durante la gran guerra, Gide encuentra varios motivos de disgusto. Proust, contra lo que aquél pensaba, estaba realmente moribundo y no era el enfermo imaginario de Molière, que se defiende del mundanal ruido con la hipocondría. Y Gide le reclamó el "fingimiento" de la homosexualidad en su gran novela. Las respuestas proustianas, evasivas, eran las de un burgués para quien la reputación de su hermano, célebre médico, importaba más que un gesto que sólo Gide, libérrimo, podía darse el lujo de practicar. Por otra parte, Gide era un gentil con una dosis suficiente de antisemitismo cultural como para olvidar lo que valía la respetabilidad burguesa para un Proust, judío integrado. Y el novelista de *En busca del tiempo perdido* entendía la homosexualidad

como una forma asumida de la perversión. Proust era un decadentista decimonónico; Gide, un adelantado en la defensa del derecho a la diferencia.

Las divergencias entre Gide y Proust en cuanto escritores homosexuales han sido exageradas; el desencuentro está en otro lado. Gide, novelista frustrado, veía en Proust al Balzac de Rodin, al genio prometeico capaz de crear una portentosa realidad novelesca en las condiciones más propicias. Frente a Marcel, el verdadero asceta que renuncia al siglo y atrapa el tiempo perdido, André se sentía un diletante y un mundano, cuando las biografías intelectuales de uno y otro —se conocían desde 1892— parecían destinadas a representar lo contrario. Gide nunca entendió que ese inesperado trueque de atributos lo convertía, frente a Proust, en un reo de la envidia, pecado que la humildad evangélica gideana detestaba. Respetar y temer a Claudel, el poeta elegíaco, y a Valéry, la inteligencia matemática, era cultivar la tierra árida de la admiración. ¿Pero cómo aceptar a Proust, el inesperado? “Odio el talento fácil” decía Gide de él. El *Diario* será una larga marcha en la búsqueda de los gafes gramaticales de Proust, que Gide atesora con avaricia, mientras exalta a Roger Martin du Gard, uno de sus mejores amigos, como el novelista esencial de la época. Pero Gide vivió para saber que Marcel Proust, nacido en 1871, se convirtió en el verdadero heredero de Balzac, el *parvenu* que se comió el mandato de toda una generación.

Claudel, Valéry, Proust... Una trinidad que aplasta a Gide, dioses que lo obligan, día con día, a ser menos, es decir, a ser más terrenal que humano. El *Diario* de Gide ilustra mejor que cualquier otra obra de su género el dolor sin tregua que prodiga la amistad literaria, ese pacto donde la gratitud se convierte frecuentemente en odio. La pasión de Gide, contra lo que dicta su neoclasicismo, no fueron las palabras, que le arrebataron sus hermanos de tinta, sino los hombres y las mujeres, los amigos y los enemigos, seres que podían ser árabes, negros, comunistas. No se ufano de amar a los oprimidos, como Sartre, para quien el infierno eran precisamente los otros. Gide dedicó sus rabias y sus ternuras a individuos concretos, cambiantes, inasibles.

Gide no dejó grandes palabras sobre el amor sensual. No tuvo el desgarbo de Stendhal ni la impudicia de Amiel. Su homosexualidad le imponía reservas y prefirió teorizar su experiencia antes que detallar sus aventuras. Pero hirió en vida a su esposa, publicando *Corydon* y *Si la semilla no muere...*, pues para el protestante estaba primero la verdad que la caridad, la fidelidad a la Escritura antes que las buenas obras.

Hay una pasión final en Gide que no mencionó en su *Diario* pero que conocemos gracias a *Los cuadernos de la 'Petit Dame'*, de Maria Van Rysselberghe. Esta mujer decidió ser la Eckermann del Goethe del siglo XX, narrando en secreto su vida, aunque es muy probable que

Gide aceptase tácitamente la actividad de su secretaria, con la que acabó compartiendo el piso de la Rue Vaneau. No me gusta el memorial de Maria, tan útil, pues exuda una admiración tan rendida que maltrata a Gide, indigno de merecer adulación. Admito de buena gana que *Los cuadernos...* pueden ser más veraces que el *Diario*, pero frente a un diarista importa más la imagen ante el espejo que la fisgonería del prosélito. Como el portero de Walter Scott, Maria utiliza el plural al hablar del trabajo del patrón bienamado: “Desde hoy estamos en *Los monederos falsos...*”

Pero el testimonio de Maria es vital para conocer la última y acaso la más insólita de las pasiones de Gide, su paternidad. Desde 1919 Gide quería ser padre, como para demostrar que su semilla, normalmente derramada, no tenía porque morir, aunque su erotismo fuese homosexual. Juguetonamente, quería que Marc Allégret, su compañero, embarazara a Elizabeth Van Rysselberghe, hermana de Maria. Y finalmente, lo hizo Gide. Una niña, Catherine, fue recibida en 1923, con los acurruquicos familiares propios del hijo deseado con ansiedad.

Hasta el espíritu más ajeno al drama de la paternidad se enternece ante la jovialidad de la “familia” Gide ante el bienaventurado episodio. Como comuneros de los años setenta del siglo XX, André, Marc y las Van Rysselberghe comparten su temporada en *babyland*. Gide, padre inverosímil, se prodiga. Pasa de la ingenuidad de leer el *Emilio* en busca de instrucciones prácticas hasta la sensatez de consultar los manuales pediátricos que los norteamericanos empezaban a difundir. Veamos en acción al corruptor de la juventud, según Maria: “Catherine no le molesta; le gusta que la dejen sola con él y aprecia que ella pueda divertirse sin el concurso de nadie, siempre ocupada. Le enseña lagartos en el jardín y la manda hacer ejercicios algo difíciles para ella; entrar y salir de su silla sin ayuda, por ejemplo, a pesar de la irresistible forma que ella tiene de tenderle la mano diciendo ‘Please, Bapeede’. Sobre todo, se muestra sin piedad para hacerle recomenzar veinte veces la misma cosa; por lo demás, no se da muy bien cuenta de la capacidad de paciencia de un niño. La avidez de Catherine ante las imágenes le encanta. Detesta que con una palabra, un signo, se influya en sus impresiones en la forma que sea. El número de veces que se le oye repetir: ¡Déjenla! ¡Déjenla ya!”

¿Oscar Wilde habría apreciado la paradoja con la que el joven que inició en la transgresión terminó su vida? Sin arrepentirse, el defensor de la “contranaturalidad” homosexual demostró que el viaje de la paternidad, como casi todo lo humano, no le estaba vedado. Al morir Madelaine Gide, André reconoció legalmente a su hija, alcanzó a conocer a su nieto, y le dedicó a Catherine su última confesión, *Ainsi soit-il ou les Jeux sont Ffaits*, que cierra su autobiografía. Fue un final muy

burgués, decepcionante para los jóvenes existencialistas cuyo paradigma era San Genet y no el abuelito Gide. Hay que decir que Gide es un buen candidato para encarnar al último escritor burgués, entendiendo por burguesía al buen Tercer Estado regido por la ejemplaridad moral sin el cinismo aristocrático, el esfuerzo espiritual sin la vulgaridad igualitaria, el deseo balzaciano de conquistar la ciudad sin destruirla, esa justa medianía predicada por el cristiano sin Iglesia, ajeno a la turbulencia teológica. Coronar esa estampa doméstica con el piano de cola en el centro del hogar no creo que sea traicionar el recuerdo de André Gide.

Quizá los libros de Gide sigan alejándose de nosotros. Pero si me fuera dado pedir algo a la posteridad, rogaría por ese *Diario*, la aventura literaria por antonomasia, obra de una vida poderosa y sensual, ligera y espiritual, suma de los trabajos de un escritor que bordó un arte de la vida, y un arte de la muerte, una sapiencia de asno burlón que nos retira la trascendencia a cambio del amor propio y el afecto por los pecados, las manías y las vanidades del prójimo, compañía dialogada que, a un lector como yo, le habló claro de la enfermedad como una llave. André Gide, el enemigo de la superstición y del anatema, fue un hombre esencialmente sano que sufrió las enfermedades físicas y morales para ofrecer, a través de su *Diario*, esa salud del alma que es la sabiduría sin promesa.

NOTAS

¹ André Gide, *Diario (1889-1949)*, traducción de Miguel de Amilibia, Losada, Buenos Aires, 1960, p. 12.

² Citado por Gérald Antoine, *Claudel*, Gedisa, Barcelona, 1989, pp. 63-64.

³ A. Gide, *op. cit.*, p. 23.

⁴ *ibid.*, p. 34.

⁵ André Maurois, *De Gide a Sartre*, Plaza y Janés, Barcelona, 1968, pp. 30-31.

⁶ A. Gide, *op. cit.*, p. 34.

⁷ *ibid.*, p. 261.

⁸ *ibid.*, p. 443.

⁹ Citado por Luis Cernuda, "André Gide" (1946), en *Prosa I*, Siruela, Madrid, 1994, p. 562.

¹⁰ Citado por Pierre de Boisdeffre, *Metamorfosis de la literatura I*, Guadarrama, Madrid, 1969, p. 153.

¹¹ Henri Massis, *D'André Gide à Marcel Proust*, Grasset, Paris, 1948, p. 103.

¹² A. Gide, *op. cit.*, p. 649.

¹³ *ibid.*, p. 996.

¹⁴ *ibid.*, p. 1028.

¹⁵ *ibid.*, p. 1129.

¹⁶ *ibid.*, p. 1132.

¹⁷ *ibid.*, p. 1179.

¹⁸ *ibid.*, p. 1369.

¹⁹ *ibid.*, p. 1311.

²⁰ *ibid.*, p. 1339.

²¹ *ibid.*, p. 1435.

²² *ibid.*, p. 1489.

²³ Maria Van Rysselberghe, *Los cuadernos de la "Petit Dame", I*, Notas para la historia autística de André Gide, 1918-1929, Alianza Editorial, Madrid, 1976, pp. 248-249. #

